

# Mi Cataluña

**PEDRO LAÍN ENTRALGO \***

No soy historiador de España: no puedo, en consecuencia, decir con autoridad lo que el milenario de Cataluña ha sido y no ha sido para la común historia de los españoles. Pero sí soy un español reflexivo que para afirmarse como tal necesita a Cataluña, y que a lo largo de su vida ha descubierto, por experiencia personal, las razones de esa íntima necesidad. Hablaré, pues, de «mi Cataluña», de la Cataluña que he visto y sentido, y que precisamente por haberla visto y sentido constituye una parte integral —una parte sin la cual no habría integridad— de mi personal modo de sentir y entender España. En aras de la brevedad —triste cosa, tener que hacer telegráficamente una declaración de amor—, telegráficamente diré lo que como español he recibido de Cataluña y lo que de Cataluña deseo y espero.

I. En Cataluña he visto —he descubierto— una tierra y un sentido de la vida sin los cuales España —mi España— quedaría incompleta.

1. Una tierra. Permítaseme incurrir en un vicio de reduccionismo, y reducir la tierra de Cataluña a la de una sola de sus provincias, Gerona; y dentro de la encantadora trinidad paisajística de las tierras gerundenses —el Pirineo, el Ampurdán, la Costa—, quedarme con la central, esa franja geográfica que, por un lado, asciende a la alta montaña y, por el otro, desciende hacia el mar. El Ampurdán, la toscana y la Pro venza son para mí los paisajes centrales de la Romania, los más intelectuales y serenos, los menos arrebatadores y románticos, aunque a su modo también lo sean un poco. Castilla, Andalucía, Galicia, la cenefa cántabra... Desde luego. Pero sin la tierra catalana, sin el Ampurdán, España —mi España— quedaría manca.

2. Un sentido de la vida —enriqueciendo y completando el mosaico de los que España contiene y ofrece—, en el cual se aunen el amor al mundo visible, el trabajo y la ironía, una peculiar forma de la ironía.

Amor al mundo visible. Sin un pueblo de cuyo seno ha salido el *Cant espiritual*, de Maragalí, y la también maragaliana visión del mar como vida y libertad, y no como término letal del curso de los ríos —Jorge Manrique, Antonio Machado—, no puede ser íntegra y cabal, para mí, la patria española.

Trabajo; mas no como religión, como querían Carlyle —«Trabajar es orar»— y Carlos Marx —el trabajo, camino de redención—, sino como medio para perfeccionar la vida. Medio no úni-

**ESPAÑA  
INCOMPLETA**

\* Urrea de Gaén (Teruel), 1908. De la Real Academia Española.

co, desde luego, pero inexcusable. No en todas, pero sí en sus mejores formar, así veo yo el trabajo de los catalanes. Mi España necesita la laboriosidad de Cataluña.

Ironía. Ella es la que —entre otras cosas— impide la conversión del trabajo en religión. En las tres puntas de la tópica piel de toro de nuestra geografía, Galicia y Asturias, Andalucía, Cataluña, en torno, pues, al bloque no irónico que forman Castilla, Aragón y Vasconia, la ironía es un ingrediente esencial del modo de vivir. Esencial, pero diversificado, porque la ironía catalana difiere de la andaluza, y ambas de la gallega.

Para mí, el nervio de la ironía catalana —léase a Rusiñol, léase a Pompeu Púa Geníer, y a Francesc Pujol— consiste en la minimización táctica de la existencia propia o de la existencia ajena, para afirmar con recóndita energía lo que uno realmente es. Cuando comenzó el *boom* turístico de la Costa Brava, un astuto ampurdá-nés montó un chiringuito junto a la carretera, en las proximidades de Figueras, y colocó en la fachada el siguiente rótulo: «*On parle francés. Pero no gaire*». Esto es: «En materia de lengua francesa, poca cosa soy, y lo sé, y lo digo. Pero aquí tienen ustedes un catalán que sabe hacer lo que para su negocio hay que hacer.» Otra muestra de la ironía catalana, tomada de los *Recuerdos de mi vida*, de don Santiago Ramón y Cajal. Durante su estancia en Barcelona, Cajal frecuentaba una tertulia de café, y en ella conoció al abogado y hombre de negocios Pablo Calvell. Este coincidió con Sol y Ortega despidiendo en la estación al ministro Romero Robledo. Sol quiso dar una tarjeta de visita al político madrileño; y como no encontrase ninguna en su cartera, resolvió la situación diciendo: «Bueno, no importa. Cuando usted me escriba, ponga en el sobre *Sol. Barcelona*, y la carta me llegará.» Acto seguido, Calvell repitió, la escena. Buscó en su bolsillo una tarjeta, no la encontró, y dijo al ministro: «Bueno, no importa. Cuando me escriba, ponga en el sobre *Pau. Vía Láctea*, y me llegará la carta.» Ironía cuyo sentido catalán fácilmente percibirá el lector.

Tierra, amor al mundo visible, trabajo como hábito perfecto, ironía. La visión del paisaje de Cataluña y la lectura de varios escritores catalanes —en primer término: los poetas Maragall, Carles Riba, María Manent y Salvador Espriu, el prosista Josep Púa— han sido para mí las principales puertas de acceso a la *Catalunya endino* que para ser español, enteramente español, yo necesito.

II. Lo que yo deseo y espero de Cataluña, lo que Cataluña debe hacer, para que mi amor a ella no padezca merma ni desencanto, se cifra en la siguiente fórmula: que los catalanes consideren y hablen como suyo el idioma catalán, pero que a la vez, cada uno en su nivel cultural, consideren y hablen *también como suyo* el idioma castellano. Más brevemente: que con buen ánimo practiquen el bilingüismo entre el catalán y el castellano.

Sé muy bien, y de buen grado lo admito, y sin reserva lo postulo, que un ciudadano de Cataluña cuya lengua materna sea el catalán leerá, hablará y escribirá el catalán con mayor entrañamiento que el castellano. Habrá campos y niveles de la expresión en que su lengua materna será para él gozosamente ineludible; la poesía y

## IRONÍA CATALANA

## BILINGÜISMO CON BUEN ANIMO

***SENTÍAN SUYO  
EL IDIOMA  
EN QUE  
ESCRIBÍAN***

el habla en la intimidad familiar o amistosa, muy en primer término. Pero, sin mengua de esa diferencia en el nivel anímico desde el que se habla, habrá campos de la expresión y situaciones vitales en que *también como suyo* podrá hablar, leer y escribir el castellano. Pues bien: lo que yo deseo y espero de Cataluña es que en todos los catalanohablantes no haya reticencia alguna, sino auténtica complacencia, hablando, leyendo y escribiendo *también como suya* su segunda lengua.

He leído y leo la prosa castellana de Maragall, y el ensayo-prólogo que sobre el mismo Maragall escribió, a petición mía, Carles Riba, y no pocas páginas, también en prosa castellana, de Salvador Espriu, y las traducciones de poesía inglesa, no sólo al catalán, también al castellano, de Marià Manent, y tantos artículos de Pere Gin Ferrer, y por fuerza tengo que pensar que todos ellos —y tantos más; valgan los nombrados como ejemplo— sentían *también suyo* el idioma en que escribían. He oído hablar en castellano a Roca i Junyent y a Trías Fargas, a Obiols y a Jordi Maragall, a Nuria Espert y a María Aurelia Capmany —a tantos y tantos más—, y no podría creer que ninguno de ellos sintiese como extraña la lengua en que estaban hablando.

Escribió Salvador Espriu en *La pell de brau*:

*Diverses son las parles i diversos els homes, i han convingut molts noms a un sol amor.*

¿Será mucho desear, será mucho esperar que entre las *diverses parles* sean el catalán y el castellano las únicas que los catalanohablantes consideren —de corazón— suyas?